

abre poderosa y ordenada en su esfera. Lo bello, es decir, la unidad que irradia en la diversidad, y por esta irradiacion hace relucir en vuestra alma inteligente y sensible, *el esplendor del orden*, es decir, la belleza misma.

Así es que desde el fondo de todos los espectáculos que mirais, de todas las armonías que escuchais en la creacion, se desprende esta sencilla nocion de la belleza, tal como la encuentro grabada en mi alma y tal como la hallo tambien en el fondo de la filosofía y de la estética de ese genio incomparable que se llama Agustin. Sí, la belleza es el esplendor del orden: *Splendor ordinis*. Unidad, variedad, conveniencia, proporcion, simetría, poder, armonía, todo esto entra en el misterio oculto de la belleza que busca el artista: pero todo se resume y se compendia en esta palabra sublime: el Orden. No el orden abstracto, vacío y muerto, sino el orden que vive, que obra, que irradia: sí; la verdad, la vida, el poder que resplandece en el orden, es decir, que lleva sobre sí el esplendor de la unidad. *Omnis pulchritudinis ratio unitas*, segun la bella expresion de San Agustin. Hé aquí lo que en todos los grados de la gerarquía de los seres da el sentimiento de la belleza, excita la admiracion y enciende el entusiasmo. Reproducir la, expresar la, hacerla á la imágen de la idea que de ella nos formamos, bajo el soplo del sentimiento que experimentamos, tal es el primer objeto de toda obra artística, y tal debe ser la ambicion de todo verdadero artista.

Asímismo, lo que forma ante todo á un artista, lo que lo prepara al ménos á la creacion de las grandes obras maestras, es un modo superior y reservado á él solo, de ver lo bello que se manifiesta; de sentir lo bello que ve. Este golpe eléctrico es el que da al mostrarse la verdadera belleza al genio que la mira, y que al mirarla la ama, y bebe en esta mirada y es-

te amor la pasion de reproducirla y el poder de expresarla. Fuera de esto, podreis tener hombres mecánicos é industriales; hombres del arte, jamás; podreis contar los artesanos de la pintura, de la escultura, de la música, ver aun algo de poesía, pero buscareis en vano á los verdaderos artistas.

No: creedlo, si delante del orden y de la armonía que, emanando desde el fondo, brillan en la superficie de los seres, no teneis la súbita intuicion y el vivo discernimiento de la belleza; si como el filósofo, y mejor aún que el filósofo, vuestra alma no toca lo bello como él toca la verdad; si habeis menester de que al mostraros las obras maestras del arte ó de la naturaleza se os diga: "Hé aquí la belleza;" si vuestro instinto no la adivina y no la siente, por decirlo así, como uno se siente á sí mismo; si vuestro ojo no tiene esa lucidez que la reconoce desde la primera ojeada, no: por mas que hagais, jamás sereis ministro del arte. ¿Qué digo? Si en presencia de lo bello que reluce, es decir, ante el orden que resplandece, nada se conmueve, nada vibra, nada se estremece dentro de vos mismo; si esta armonía exterior no despierta en vos écos profundos y no resuena por dentro mas sonora aún que por fuera, si esta belleza contemplada un instante no imprime en vuestra alma una efigie viviente é indeleble de sí misma: otra vez os repito: ¡jamás sereis artista!

Avancemos aun mas, y digámoslo sin temor de ser desmentidos por el verdadero genio del arte. Si vuestro corazon, sensible y puro hasta hoy, al ménos con una pureza relativa, no sabe inflamarse con una casta pasion por las bellezas inmaculadas que os pasan bajo los ojos en el doble dominio del arte y de la naturaleza; si no participais en su presencia de la mirada de los ángeles y del corazon de los serafines en su beatífico cara á cara con la eterna belleza; ó mas bien dicho, si ángel y serafin vosotros mismos recor-

riendo aquí abajo toda la gerarquía de las bellezas que se pueden ver sobre la tierra, no subís escalon por escalon la misteriosa escala que os eleva de la contemplacion de las bellezas terrestres á la contemplacion de la celeste beldad; si de imágen en imágen no os elevais hasta su arquétipo eterno; si vuestra contemplacion de la belleza real no está bastante libre de la servidumbre de la materia para arrebatáros sobre un soplo sublime hasta la contemplacion de la belleza ideal; en una palabra, si vuestro genio, llevado sobre las dos alas de una contemplacion mas alta y de un amor mas celeste, no emprende su vuelo para remontarse hasta el ideal mismo; no á ese ideal abstracto, vacío, estéril y muerto, el único que sobrevive á la extincion de las doctrinas espiritualistas, sino á ese ideal concreto, sustancial, vivo que reside en Dios, y que es Dios mismo: jamás ¡oh! jamás, á pesar de la habilidad de vuestro método y de la perfeccion de vuestros procedimientos, jamás llegareis al punto culminante de la creacion artística, porque no pondreis nunca en vuestras obras un reflejo de esta divina belleza por la cual todas las cosas son bellas, y sin la cual no puede existir nada bello, ni en la naturaleza ni en el arte.

En efecto, Señores, notadlo bien: la belleza que el artista debe expresar en sus obras, no es únicamente la belleza real. La naturaleza sin duda puede y debe servirle de modelo; pero para ayudarle á buscar mas allá un modelo mas perfecto: el modelo eterno, inmutable, que se eleva sobre toda belleza pasajera y mudable, en una palabra, lo que en el lenguaje del grande arte se llama *el Ideal*. Ah! Saludemos de paso este astro brillante del mundo artístico, verdadera estrella polar por la cual el génio del arte debe arreglar todos sus movimientos, y cuya inalterable luz debe alumbrar todas sus obras con un reflejo del infinito. El ideal, es decir,

esa perfeccion superior á todo lo que admiramos en la realidad, ese algo mas bello que todo lo mas bello que encontramos aquí abajo. El ideal, belleza celeste cuya revelacion tiene nuestra alma en su mas íntimo santuario, y que el génio del arte contempla desde las mas elevadas cumbres de su pensamiento vuelto hácia el infinito. El ideal que se os revela en la proporcion misma de vuestro génio, y que retrocede y se confunde en perspectivas mas lejanas, á medida que os acercais á él mas y mas por medio de las obras mas perfectas. ¡El ideal: eterna seduccion y eterno desengaño de las almas mas nobles tan impotentes para alcanzarlo como son vehementes para correr tras él!....

No obstante, tal debe ser la insaciable ambicion de todo artista digno de su vocacion y de su nombre. Lo que constituye el verdadero génio del arte, no es ni la intuicion ni la imitacion de las cosas creadas *tales como son y como se ven* en la realidad fenomenal; es la intuicion y la expresion de las cosas vistas á la luz transfiguradora de su ideal. El génio del arte es el poder de ver y de comprender este ideal en un grado superior, y de reproducirlo bajo una forma brillante. El génio del arte, es ese gran poeta que despues de un trabajo de veinte años, consagrado á la creacion de una obra maestra, quiere antes de morir entregarla á las llamas: tan léjos quedaba á sus propios ojos esta obra tan bella y tan admirada por la posteridad de ese ideal divisado por su génio. El génio del arte es Fídias; Fídias que, al decir de Ciceron, mientras esculpía una estatua de Minerva ó de Júpiter, esos tipos famosos del arte antiguo, no se contentaba con mirar un hermoso modelo humano para expresar su semejanza, sino que dirigía á la vez su pensamiento y su mano para comprender y expresar el tipo acabado de la belleza que contemplaba en sí mismo. El génio del arte vedlo en Rafael,

esa alma tan apasionada del ideal; Rafael que escribía de sí mismo: "como no tengo á la vista un modelo que me satisfaga, me sirvo de un cierto ideal de belleza que encuentro en mi alma." El génio del arte es Miguel-Ángel; Miguel-Ángel escribiendo en una poesía digna de Dante y de sí mismo, estas palabras que debieran meditar todos los verdaderos artistas: "Desplegando las alas para elevarse hácia los cielos de que ha descendido, el alma no se detiene en la belleza que seduce los ojos y que es tan frágil como engañadora; sino se esfuerza con sublime vuelo, por llegar al principio de la belleza universal." El génio del arte ¡ah! no temamos proclamarlo, es el cristianismo trasfigurando el alma humana; el cristianismo que sin renegar de los tipos de belleza creados por el génio de la Grecia, desde el fondo de las nubes que oscurecían el cielo de la humanidad pagana, ha descubierto el verdadero tipo de la belleza, tipo inalterable, eterno, que aun el génio pagano *entreveía* á través de sus espesas sombras, el Verbo increado, imágen de la sustancia del Padre, que ha podido decir al bajar de los cielos para mostrarse á la tierra: "El ideal, soy yo."

¡Oh belleza ideal, oh belleza celeste, oh belleza divina! Yo os saludo. Vos sois el verdadero sol del mundo artístico, y vos inundais el génio que os contempla, de inefable claridad: sol indeficiente, múltiple en vuestro centelleo y en vuestra atracción, pero único é idéntico con vos mismo en vuestra inmutable esencia y vuestro inextinguible foco.

Cosa notable en efecto; este ideal atrae á todo génio que lo contempla por su natural atracción. Pero esta atracción no es la misma sobre todos esos génios que lo miran y lo buscan. Como los planetas, en nuestro mundo solar, son atraídos por el sol en proporción directa de su masa y en razón inversa del cuadrado de su distancia; así los génios gra-

vitan hácia el ideal universal en razón de su potencia y de su aproximación. Mientras mas sufren la atracción del grande astro, mas se remontan hácia él con sublime vuelo, mas sienten en sí mismos el aumento de esta fuerza que los atrae hácia las alturas. Y esta diferencia de atracción que el ideal ejerce sobre ellos, y la manera diversa con que reciben su luz y su calor; produce en su infinita variedad, todas las bellas flores del arte, así como el sol material siempre idéntico consigo mismo, produce en su variedad aun mas infinita, todas las bellas flores de la naturaleza. Recorred la superficie de la tierra: contemplad, á los rayos que la iluminan, ese hermoso manto de verdor que la cubre cual rica vestidura de gala; sobre esta superficie tan radiante de belleza contad, si podeis, todos los árboles, todas las plantas, todas las flores con sus géneros, sus especies, sus familias; contad todas esas formas plásticas de la belleza nacidas á los rayos de un mismo sol. ¿Por qué florecen todas esas plantas, todas esas flores de una manera tan prodigiosamente diversa? Os lo acabo de decir; es porque se asimilan de una manera diferente la misma luz y el mismo calor: y esta diferencia, resultado de sus predisposiciones naturales, hace relucir en la superficie de la tierra, en la naturaleza viviente, esta inenarrable variedad que es la perfección de su belleza.

Así os acaece á vosotros, grandes y poderosos artistas, sea cual fuere la esfera en que se despliegue vuestro génio. Sois diferentes por el modo con que mirais y amais vuestro comun ideal. A vosotros tambien os alumbrá la luz de un mismo astro; á vosotros tambien os enardece el calor de un mismo foco. Pero vuestra aptitud y vuestra atracción son diversas; la asimilación interior no es la misma, y vuestros productos exteriores son diferentes. Para cada uno, empero, y para todos el ideal concebido por vuestra

inteligencia, amado por vuestro corazón, atraído por todo vuestro ser, es el que fecundiza vuestro genio; y este genio del hombre inundado por esta luz y fecundado por este calor, este genio desplegándose en su poder, será la creación artística. Y si el alma es grande, la imaginación viva, el corazón ardiente, la inteligencia clara y práctica la mano, si á facultades poderosas conmovidas é inflamadas por el ideal sirven en vosotros la destreza adquirida y esa paciencia pertinaz que forma parte del genio; pero sobre todo si vuestra alma, ya grande y luminosa, ha sido engrandecida é iluminada aún mas por su contacto con el Cristo, es decir, con el ideal viviente: ¡oh! entonces será obra maestra; será en un grado superior lo que hemos denominado la expresión sensible de la belleza ideal bajo una forma creada; será la *creación* artística por el genio humano, es decir, el hombre imitando por su fuerza creadora las creaciones de Dios.

Os lo voy á mostrar.

## II.

Hemos dicho al principio: ser artista, es *crear la belleza*. Acabamos de ver al arte en presencia de su objeto propio, lo bello, retraído á su eterno foco el ideal sustancial, que no es otro que el Verbo increado. Ahora se trata de justificar esta palabra que es el grande honor del arte: *crear*. Ved aquí, señores, su rasgo verdaderamente característico; su fisonomía verdaderamente original: la potencia de crear; el hombre creando lo bello que expresa á la imagen del ideal que contempla; el hombre realizando por su fuerza creadora una belleza que es la obra propia de su espíritu, una hija luminosa de su genio. Visto á la luz de esta idea, la gran luz que revela la potencia artística, el arte no es un copista ni un imitador

mas ó ménos feliz y mas ó ménos experto; es verdaderamente un creador. Así concebido, el arte se nos revela en toda su verdadera grandeza, apareciéndonos como la potencia que mas nos hace á la semejanza de Dios, la potencia de hacer como Dios obras *creadas*, contemplando el ideal que él mismo contempla en sus creaciones.

Lo confieso, señores, esto es lo que sobre todo me impresiona personalmente en el arte; esto es lo que me inspira por esta cosa excepcionalmente grande en la humanidad, una especie de religiosa veneración. Hé aquí también lo que me señala en los verdaderos artistas, una clase de hombres verdaderamente aparte, una legión escogida que tiene su rango ilustre en el grande ejército de los genios, y como lo veremos luego, su función providencial en la obra total del progreso. No es ni una alabanza común, ni una vana lisonja la que dirijo con estas palabras á los maestros y á los príncipes del mundo artístico: proclamo una verdad que cede á su honor y gloria, reservándome mostrarles los deberes que esta verdad les impone y la vocación que les forma esta nobleza.

Sí, señores, la obra de arte es creación y el artista es creador, tanto á lo ménos cuanto la gloria de esta palabra es compatible con la debilidad del ente finito; y en esto se distingue esencialmente el artista del filósofo, del sábio, de todo lo que no es él. El filósofo sienta principios y deduce conclusiones; comprende en algunos puntos las verdaderas relaciones de las cosas y las interpreta con palabras verídicas; pero como filósofo no crea. El sábio sorprende en el seno de la naturaleza algunos de los secretos de Dios; descubre lo desconocido; ensancha el horizonte del saber humano y lo ilustra con nueva claridad; no crea en el verdadero sentido de la palabra. Una cosa es comprender, otra producir; una cosa es inven-

tar, otra cosa es crear. El génio filosófico puede ser generalizador é iluminador; el génio científico puede ser inventor y en un sentido lato revelador: solo el génio artístico es creador; su frente radiante brilla con esta gloria que le está reservada. No es que un profundo filósofo y un sábio ilustre no pueda ser al mismo tiempo un génio creador; el mismo hombre puede ser á la vez gran filósofo y grande artista. Pero en este caso no es creador porque es filósofo; es creador porque es artista: y sea cual fuere la esfera en que su fuerza se despliegue, se señala por esta potencia compuesta de otras muchas, la potencia de hacer, como Dios, cosas creadas.

Sin embargo, una línea profunda y un abismo impenetrable separa aquí las creaciones de Dios de las creaciones del hombre. Dios crea á la vez en los seres que realiza, la sustancia y la forma; el hombre en las obras maestras que produce, crea tan solo la forma: pero de un lado y otro hay creacion, es decir, manifestacion de la belleza bajo una forma sensible por una potencia creadora. Y bajo este respecto la gloria de las creaciones del hombre consiste en asemejarse lo mas posible á las creaciones de Dios.

Para bien entender aquí lo que es la creacion humana, es menester entender un poco lo que es la creacion divina. Crear, en el sentido mas general de esta palabra, es manifestar en la realizacion del ser, una idea preexistente. Dios, por toda la eternidad, ve y contempla en su Verbo, es decir, en su propia inteligencia, los tipos eternos de todos los mundos y de todos los seres á que puede dar la existencia su infinito poder. Allí, en el seno del Verbo de Dios, reside en su inalterable esencia el ideal inmaterial é increado de todos los seres que aparecen en la creacion bajo una forma material y sensible. Dios ha hablado y todos estos seres cuya idea contemplaba en lo mas profundo de sí mismo, han aparecido bajo

la forma y en los límites determinados por su tipo eterno; *dixit et facta sunt*. Así se revela el sentido profundo de esta palabra, que es á la vez la luz de la ciencia y la luz del arte: todo ha sido hecho por él, *per quem omnia facta sunt*, y todo permanece y se sostiene en él, *et omnia in ipso constant*.

Así Dios, en tanto que es creador de los mundos y de sus maravillas, nos aparece bajo el punto de vista en que estamos, como el artista supremo. Su Verbo es su ideal, y el Universo es su obra. Al realizar todas las bellas creaturas que ha sembrado en este Universo obra de su mano, ha dado juntamente con la sustancia, una forma sensible á la belleza que contemplaba dentro de sí mismo en su arquetipo infinito. Los espectáculos transitorios que presenta á nuestras miradas en toda la creacion, no son sino una forma sensible del espectáculo eterno que contempla en sí mismo; y las armonías que hace resonar á nuestro oído en los conciertos de los mundos, no son igualmente sino una forma sensible de las armonías que él oye en sí mismo: ¡eterno concierto que Dios se canta y que escucha en lo mas íntimo de su ser! Y sin embargo ¿quién podría decir en lenguaje humano todo lo que el divino artista nos muestra en estos espectáculos, todo lo que nos hace oír en el fondo de esas armonías que son la belleza del Universo? ¡Qué magníficas é incomparables arquitecturas ha realizado su potencia creadora en la construccion del Universo, vasto templo en que habita y se revela á sí mismo! El Universo es un verdadero templo mas bello que todos los templos, y no hay arquitectura comparable á su arquitectura. ¡Qué encantadoras pinturas ha sembrado á nuestros ojos el divino artista sobre el esmalte de las praderas, en la frente de las azucenas y de las rosas, en el cristal de las fuentes, en el plumage de las aves, en el azul del firmamento, y sobre todo, sobre ese rostro del hombre en